

Capítulo 1

Todo empieza con un móvil

La luz del móvil era una especie de luna artificial, clavada en mitad de la habitación como si el resto del mundo no existiera. Todo lo demás —las latas de refresco aplastadas, las bolsas de patatas vacías, el aro de luz torcido en el trípode barato, el edredón arrugado, la montaña de ropa a medio camino entre la silla y el suelo— era utilería, restos de una batalla que se libraba en silencio y a deshora.

La verdadera vida estaba allí, en esa pantalla vertical donde Laura se veía a sí misma tan nítida y tan mentira.

Tenía diecisiete años, la piel pálida teñida por el brillo azul, los ojos agrandados por el *eyeliner* corrido que le daba un aire de panda insomne. Había aprendido a controlar cada gesto como si fuera una partitura: la sonrisa ladeada, el mechón de pelo que se coloca en el momento exacto, la risa que estalla medio segundo después de leer un comentario. Detrás del móvil, la pared, su cuarto,

Pantallas entre nosotros

Málaga entera; frente al móvil, ese enjambre de desconocidos a los que llamaba «mi gente».

En la esquina de la pantalla, el contador subía como si fuera la fiebre de alguien enfermo: 987... 1.104... 1.327...

—Bueno, peña... —dijo, apoyando el móvil en el trípode, buscando el encuadre en el que la parte desordenada de la habitación quedara fuera—, son las tres y pico y aquí seguimos dándole. Mi profe diría que estoy tirando mi futuro a la basura, pero el algoritmo está *on fire*, así que prioridades, ¿no?

Los comentarios empezaron a caer en cascada. La pantalla se llenó de corazones, de nombres inventados, de frases que competían por llamar su atención.

«Reina del insomnio».

«Te vas a morir mañana en el examen, jajaja».

«Haz el reto 48h sin dormir, no hay huevos».

Laura los leía a la velocidad del hambre. Cada «jaja», cada *emoji* de fuego, le producía un micro golpe de electricidad que subía desde la muñeca hasta la nuca. Tenía sueño —un sueño espeso que se le pegaba a la lengua y a los párpados—, pero la idea de apagar la pantalla le provocaba una angustia casi física, como si alguien fuese a cerrarle una puerta desde dentro y a dejarla fuera, sola.

—Vale, trato —dijo, inclinándose un poco hacia la cámara, acercando el rostro hasta que se le vieron los poros filtrados—: si este directo llega a veinte mil *likes* ... mañana hago un vídeo llorando con mi madre echándome la chapa. Versión extendida. Sin cortes y sin filtros. ¿Deal o qué?

El chat se llenó de «Síiii», de carcajadas digitales, de apuestas sobre cuánto duraría la bronca. A alguien se le escapó un «tu madre está buenorra»; otro respondió con un *sticker* de un contenedor de basura en llamas. Alguien más escribió:

«No te rayes, Lau, tus padres son boomers, ignore!».

Ella sonrió. Esa sonrisa falsa que le salía sola, automática, como un gesto muscular aprendido delante del espejo.

En la mesilla de noche, el reloj rojo marcaba 03:42. Al lado, la alarma de las siete ya estaba programada desde hacía horas: un compromiso con un futuro que, vistos los hechos, era una broma cruel.

—Venga, cierro, que mañana tengo que fingir que soy persona —dijo, y por un instante la voz se le quebró, como si hubiera intentado sostener un peso que ya no podía soportar—. Os quiero, aunque no tenga ni idea de quiénes sois.

Pulsó el icono rojo de terminar el directo. La habitación quedó sumida en un silencio brutal. El zumbido lejano de la nevera en la cocina, el rumor profundo de la ciudad, algún coche pasando por la avenida... Todo sonaba más grande que ella.

Dejó el móvil en la cama, boca arriba, y se tumbó un segundo con la vista clavada en el techo. Dos latidos, tres. No duró más. La mano se movió sola, como acostumbrada a esa especie de temblor reflejo: volvió a cogerlo, desbloqueó con el pulgar, entró en la app.

Los números del vídeo recién emitido subían como pequeñas explosiones: visualizaciones, comentarios, nuevos seguidores. Eso le dio una extraña calma, una sensación de que no se estaba disolviendo del todo.

—Como bajen los seguidores... me peta el pecho, te lo juro, tía —susurró, sin muestra alguna de humor.

Abrió una *story* suya de esa misma tarde: luz perfecta, filtro suave, piel sin granos, ojos enormes, sonrisa milimetrada. Una Laura imposible, pero plausible en pantalla.

—Tía, eres mentira. Entera —le dijo a esa versión de sí misma.

Bajó el brillo del móvil. Apagó la luz del techo. La pantalla siguió pegada a su cara, quemándole los ojos rojos mientras el dedo se deslizaba, obediente, por el infinito hacia abajo. En algún lugar del pasillo, más allá de la puerta cerrada, un móvil vibró; era el de su madre, al que nadie miraba a esas horas.

Las cuatro y algo. El sueño no venía. Lo único que la mantenía despierta era la certeza absurda de que, si dejaba de *scrolllear*, el mundo seguiría sin ella.

Despertares

Por la mañana, la cocina pertenecía a otra época, como si fuera la escena de una película que no tuviera nada que ver con la habitación de arriba.

La luz era blanca, obstinada. El olor a café recién hecho competía con el del detergente del fregaplatos. La tostadora escupía pan como una máquina de un ritual antiguo que se repetía cada día, siempre igual, incluso cuando nadie tenía hambre.

Marta, cuarenta y cinco años, llevaba el uniforme de enfermera debajo de una rebeca gastada. Las ojeras le hacían sombra a los pómulos; eran ojeras de madrugada en urgencias. Removía el café como si el líquido pudiera darle una respuesta a algo.

Sergio, dos años mayor que Marta, con barba salpicada de canas, había convertido la tablet en extensión natural de su mano; el correo del trabajo le comía la vista a bocados discretos. Dani, doce años y cara de niño que aún no ha aprendido a disimular, tenía los codos apoyados en la mesa y miraba una pantalla más pequeña donde unos dibujos chillones resolvían dramas en diez minutos y con alguna moraleja.

El sitio de Laura estaba vacío. El plato también, impecable, con la rebanada de pan esperando, condenada a quedarse fría.

Marta miró el reloj encima de la campana extractora, esa reliquia redonda donde las agujas todavía daban vueltas en lugar de cambiar de dígito.

—Mmm... las siete y media... otra vez —murmuró.

—Relájate, Marta —dijo Sergio sin levantar la vista de la bandeja de entrada—. A nuestra edad también trasnochábamos.

Ella le lanzó una mirada rápida, cortante.

—Sí —respondió, seca—, pero no con un casino, tres redes sociales y medio instituto en el bolsillo.

En el pasillo sonó una vibración insistente, como un insecto atrapado dentro de un vaso de cristal. Marta se apoyó en la encimera, respiró hondo y luego subió la voz:

— ¡Laura! ¡Arriba ya, que llegas tarde!

La muchacha apareció al cabo de unos segundos, como si la hubieran sacado a empujones de un túnel largo y pegajoso. Sudadera XXL color indefinible, moño mal hecho en lo alto de la cabeza, el móvil cosido a la mano con ese gesto de agarre que ya era parte de su cuerpo. Las ojeras, a la luz del día, tenían categoría de diagnóstico profesional: dos medias lunas moradas que el maquillaje de urgencia no había logrado disimular.

Sergio se esforzó en sonreír, como si la cordialidad aún pudiera reparar algo.

—Buenos días.

—Ajá... supongo —contestó ella, sin mirarlo, dando un golpecito rápido a la pantalla para ver las notificaciones acumuladas durante las escasas horas que había estado semi dormida.

Se dejó caer en la silla como quien se deja caer en una trinchera. Puso el plato a un lado, dejó el móvil en medio y, sin separar los ojos de la pantalla, empezó el ritual: pulgar hacia arriba, hacia abajo, una reacción aquí, un comentario allí. Su vida reducida a golpes de dedo perfectamente acompasados.

Marta la observó un momento. Vio el gesto tenso de la mandíbula, el ligero temblor de la rodilla derecha, el brillo extraño en los ojos, esa mezcla de cansancio y euforia.

—¿Has dormido algo o estabas otra vez en directo? —preguntó, intentando que la voz no sonara a interrogatorio policial.

Pantallas entre nosotros

—He estado trabajando, mamá —respondió Laura, sin levantar la vista—. El vídeo de anoche está subiendo que flipas. No voy a cortarle el rollo así porque sí.

«Trabajando». Marta se agarró a la palabra como quien se agarra a una cuerda que no sabe si aguantará.

—Trabajar es lo que hago yo cuando estoy doce horas de pie en Urgencias —pensó—. Esto de aquí es otra cosa.

No lo dijo. En lugar de eso, alargó la mano hacia el móvil, despacio, como si se tratara de una granada que todavía no ha explotado. Lo agarró.

—Eh, ¿pero qué haces? ¡Dámelo, tía! —saltó Laura, inmediata, felina, como un gato al que le pisan la cola.

—Cinco minutos. Solo cinco —pidió Marta, sujetando el aparato con las dos manos, consciente de que en ese gesto se jugaba más de lo que parecía—. Quiero hablar contigo sin competir con mil desconocidos.

—Pues nada, adopta otra hija, versión analógica —escupió la chica—. Esta viene con datos ilimitados.

Dani levantó por fin la vista de los dibujos. Sus ojos, oscuros, fueron de su madre a su hermana.

—Lau... estás muy borde últimamente —dijo con la sencillez brutal de los niños.

—Sinónimo de sincera, Dani. Tú a tus dibujos —respondió ella, con una media sonrisa que no alcanzó a mostrar cariño.

Marta colocó el móvil boca abajo en la mesa, cerca pero no al alcance de la mano de su hija. Lo miraba de reojo, como se mira a un animal salvaje que se ha colado en casa.

—Solo una pregunta, y te juro que no es ningún examen —dijo, tragando saliva—. Laura... ¿cómo estás? No «en el canal». Tú.

La pregunta se quedó flotando entre las dos como una lámpara que de pronto ilumina demasiado. Laura sostuvo la mirada de su madre apenas un segundo; le bastó para sentirse atrapada, como si la hubieran pillado robando algo.

La reacción fue instintiva: echar mano de la ironía, ese escudo brillante que nunca fallaba.

—Pues... normal —contestó—. Como ponga en tu app esa de salud mental. ¿Ya? ¿Te he respondido? ¿Me devuelves mi vida «portátil»?

No esperó permiso alguno. Le arrancó el móvil de las manos en un movimiento rápido y se levantó sin tocar la tostada.

—Tienes tutoría hoy —soltó Sergio, como quien arroja una frase al aire esperando que haga de ancla y se enganche en su hija—. Que lo sepas.

Laura se detuvo en la puerta, giró apenas la cabeza.

—Genial. Más contenido —dijo—. «MIS PADRES CONTRA EL SIGLO XXI» va a ser *trending*.

La puerta de la cocina se cerró con un golpe seco que pareció desacordar todos los sonidos de la casa. Marta se quedó de pie frente al fregadero, con la taza de café a medio camino de la boca, como si de repente la gravedad se hubiera densificado un punto más de lo normal.

Sergio dejó la tablet en la mesa, se frotó los ojos.

—No la vamos a poder frenar solos —dijo, más para sí que para su mujer.

Marta pensó en las noches sin dormir, en la pantalla de tonos azulados filtrándose por debajo de la puerta del dormitorio de su hija, en la sensación cada vez más nítida de que la estaban perdiendo, no por falta de amor, sino por falta de herramientas.

—Ni siquiera sé en qué idioma hay que hablar con ella —admitió, en voz baja.

El insti

Pantallas entre nosotros

El instituto vibraba como una colmena al salir las «abejas» de clase y apelo-tonarse en los pasillos. El ruido no era solo de voces: eran los «pings» de los móviles, los vídeos con volumen demasiado alto, las risas que explotaban porque alguien había enseñado un «meme», un comentario, una foto robada.

Para Laura, ese caos era un fondo sonoro casi reconfortante. Todos iban con algo en la mano: mochila, carpeta, móvil. Nadie estaba del todo allí. Había siempre una parte de cada uno flotando en otra dimensión, intangible, donde lo que pasaba de verdad era lo que se podía compartir antes de que se enfriara.

Entró en el aula con el libro de texto bajo el brazo. A esa hora ya había contestado a media docena de mensajes privados, había borrado tres comentarios con demasiado *bate* y había contestado a un par de marcas cutres que le ofrecían camisetas a cambio de promocionarlas. La sensación de estar «ocupada» le servía de excusa para no mirarse demasiado hacia adentro.

Se sentó en la última fila, en la esquina. El lugar estratégico de los que quieren estar pero no estar, ver sin ser vistos. Abrió el libro por cualquier página; daba igual cuál, porque no pensaba mirarlo. Debajo de la mesa, el móvil encendía su rostro con un reflejo azul que la delataba para cualquiera que tuviese ojos, aunque fingiera atender.

En la pizarra, la profesora escribía fechas, fórmulas y palabras clave con una caligrafía que había visto mejores tiempos. Algunos compañeros levantaban la cabeza de vez en cuando, lo suficiente para que no los pillaran dormidos del todo. Otros, como ella, jugaban a ese equilibrio peligroso entre el mundo de la clase y el submundo bajo la mesa.

En la pantalla, su amiga Paula bailaba uno de esos retos que cambiaban cada semana: un giro de cadera, una mano que sube, un salto, una sonrisa perfecta. La música, aunque bajísima, se le metía en la sangre con más eficacia que cualquier explicación de clase.

Los *likes* subían en tiempo real. Laura sentía cada corazoncito como una pequeña victoria compartida.

De pronto, una notificación sonó demasiado alto. No era la musiquita de la app, sino ese «ding» prepotente del sistema. El aula se quedó un segundo en suspenso. Nadie miró directamente a Laura; todos miraron primero al sonido,

como si fuera una entidad separada. Después, los ojos empezaron a girarse hacia el fondo.

—Sin mirar, sé que eso es un móvil —dijo la profesora, aún de espaldas—. Apágalo y déjalo encima de la mesa. ¡Ya!

Algunas sonrisas se dibujaron en las bocas de media clase, por ese pequeño placer de no ser uno mismo el cazado.

—Laura —insistió, girándose, ahora sí.

Ella tecleaba frenética, los dedos intentando cerrar ventanas, silenciar grupos, hacer que el mundo digital se metiera otra vez en su escondite.

—Un segundo, profe —respondió, sin alzar la vista—, es que estoy contestando una cosa importante, ¿vale?

La mujer avanzó por el pasillo de pupitres con esa mezcla de cansancio y determinación de quien ha repetido la misma escena demasiadas veces desde que existen los *smartphones*. Le arrebató el móvil de la mano con un gesto firme, sin brusquedad, pero sin dudar.

—Lo importante ahora —dijo, con voz que buscaba mantenerse serena— es que no te estampes en junio.

Laura se puso en pie como si la hubieran tirado de un resorte oculto.

—No puede quitármelo, es mi curro —soltó, notando el calor subiéndole por el cuello hasta la cara.

Hubo risas ahogadas, un murmullo de fondo. Algunos móviles se escondieron más, otros se apagaron «por si acaso».

La profesora bajó la vista un momento a la pantalla que tenía en la mano. El fondo era un festival de notificaciones, de números, de mensajes. Un aviso brillaba más que los demás: «Eres *trending* 7 en tu ciudad».

Pantallas entre nosotros

—Esto no es un trabajo —dijo, bajando mucho la voz, como si la charla, de repente, fuera solo entre las dos—. Es una fuga. Y algo gordo te está pasando cuando te agarras a esto para no mirarme a la cara.

Las palabras «algo gordo te está pasando» le atravesaron la coraza durante un instante. Laura sintió que alguien le ponía un espejo delante en mitad del recreo. La reacción fue defensiva.

—Lo que me pasa —replicó— es que aquí nadie escucha nada hasta que explotamos. Y en cuanto explotamos, somos «el problema».

La clase se quedó en silencio. Un silencio raro, no de orden, sino de atención incómoda.

La profesora respiró hondo.

—Te voy a decir algo que no te va a «flipar» precisamente —admitió—: me preocupas. Esta tarde hablaré con tus padres.

Laura soltó una carcajada corta, esa risa que le salía cuando prefería que creyeran que todo le daba igual.

—Pues que vengan todos —dijo—, hacemos un directo en familia: «LA FRACASADA DE SEGUNDO DE BACHILLER». Lo petamos.

Se dejó caer en la silla con brusquedad. Notó cómo se le humedecían los ojos, una humedad imprudente que se apresuró a contener apretando los párpados. No iba a regalarle al instituto entero la imagen de ella llorando en clase. Bastaba con los vídeos de su canal.

La profesora guardó el móvil en un cajón de su mesa. El clic del metal al cerrarse sonó como un candado simbólico. A Laura le pareció escuchar, sobre ese sonido, el de otro cerrojo más antiguo, interno, que se le cerraba por dentro.

—Abriré el cajón cuando termine la clase —dijo la profesora, retomando el mando de la pizarra—. Y hablaremos más tarde. Contigo... y con tus padres.

Las fórmulas volvieron a ocupar la pizarra, los bolígrafos a moverse, el murmullo del aula a reaparecer. Pero para Laura ya no había fórmulas ni pizarra ni nada. Solo una idea martilleándole la cabeza: «Van a montarme un circo en casa. Y yo no pienso estar en primera fila».

Se quedó mirando el cajón como quien mira una sepultura donde acaban de enterrar a un ser querido. Se sentía desnuda, casi física y ridículamente desnuda, sin el peso rectangular del aparato en la mano. Como si, de un plumazo, hubieran desconectado la mitad de su identidad.

Miró por la ventana. El patio, los edificios, la franja de cielo sobre el mar. Todo tenía el mismo color gris claro de las mañanas en que el sol todavía no se decide a salir del todo. En algún lugar allí fuera, Málaga seguía su vida: gente camino del trabajo, autobuses llenos, tiendas abriendo. Nadie tenía ni idea de que en una clase de bachillerato una chica temblaba, no porque la fueran a suspender, sino porque le habían arrebatado la única cosa que creía controlar.

La campana sonó al fin. Las sillas arrastraron patas sobre el suelo. El mundo volvió a moverse, como si se hubiera quitado el *pause*. Laura se levantó la última, esperando a que todos salieran. Cuando pasó junto a la mesa de la profesora, ésta le sostuvo la mirada un segundo.

—Laura —dijo, algo más suave—. No quiero joderte la vida. Quiero que la conserves.

—Pues de momento la estáis poniendo a parir entre todos —respondió ella, sin detenerse.

Salió al pasillo con la cabeza alta y un nudo en el estómago. Afuera, el ruido habitual volvió a envolverla, pero ahora le resultaba casi insoportable. Cada risa le sonaba a risa «a su costa». Cada móvil podía estar enseñando cualquier cosa sobre ella: el directo, un «meme», un pantallazo de su *story* de anoche.

Caminó hacia los baños con paso rápido. Necesitaba encerrarse en un cubículo, aunque solo fuera un minuto, para no oír a nadie. Para no oírse a sí misma.

Mientras andaba, sintió el hueco en el bolsillo donde debería estar su móvil, ese rectángulo ausente que pesaba más que todas las mochilas del pasillo juntas.

Pantallas entre nosotros

Al salir del baño, el aire del instituto le resultó más denso. Un grupo de alumnas se apartó para dejarla pasar; algunas la miraban de reojo, otras murmuraban. Era imposible saber si hablaban de ella o de cualquier otra cosa, pero su cabeza ya había tomado una decisión: «Todo va por mí.»

Se motivó pensando en la azotea del centro comercial, en el sol de la tarde reventando sobre la barandilla. Allí, al menos, el vértigo era claro: un bordillo, un vacío. Lo otro —los informes del instituto, las tutorías, las preocupaciones de adultos— era un precipicio mucho más confuso.

Le vino a la mente, sin saber bien por qué, la cifra de veinte mil *likes* que había conseguido la noche anterior. Un pacto con un público que no conocía. Una especie de condena autoimpuesta.

Si la vida iba a convertirse en un juicio constante —profes, padres, compañeros—, prefería que los jueces llevaran nombres chorras y avatares de *anime*.

Lo que todavía no sospechaba, mientras bajaba las escaleras hacia la salida con el libro apretado contra el pecho, era que ese día, con ese cajón cerrado y esa tutoría programada, había empezado la cuenta atrás hacia la barandilla de otro lugar mucho más peligroso que la azotea del centro comercial.

Pero eso aún estaba lejos. Por ahora, lo único urgente era recuperar su móvil, evitar el careo con sus padres esa tarde y grabar el siguiente vídeo antes de que los algoritmos decidieran que ya era prescindible.

Al fin y al cabo, ¿qué era ella sin una pantalla que le devolviera una versión aumentada de su existencia?

Ni siquiera quería pensarlo.

Capítulo 2

Azotea, tutoría y Wifi cortado

La azotea

La ciudad se abría al cielo como una maqueta brillante, organizada en rectángulos de azoteas, antenas que apuntaban a ninguna parte y coches diminutos que parecían juguetes empujados por una mano invisible. Desde la azotea del centro comercial, Málaga no era un lugar donde se vivía, sino un fondo, un decorado perfecto para cualquier contenido.

El viento subía con olor a fritanga de franquicia y asfalto caliente. Paula avanzaba delante, como si la azotea fuera su plató privado, con el aro de luz bajo el brazo y el trípode golpeándole la pierna a cada paso.

Pantallas entre nosotros

—Tía, mira esto —dijo, plantando el trípode junto a la barandilla como quien clava una bandera—. Plano brutal. Málaga de fondo, tú en modo drama y el algoritmo llorando de emoción.

Laura se acercó despacio al borde. El sol de la tarde le daba en la cara, desdibujando un poco aquellas ojeras. Se miró en la cámara frontal del móvil. Dos toques a la pantalla, subió el brillo, bajó ligeramente la barbilla, buscó el ángulo que sabía que funcionaba mejor.

—No sé, eh... —murmuró, sin apartar los ojos de su propio reflejo—. Como me resbale de verdad, salgo en «Sucesos», no en «Para ti».

Paula soltó una risa corta, de esas que ya vienen entrenadas para sonar bien en vídeo.

—Relájate, *drama queen* —respondió—. Confía. Si duele pero se llena de *likes*, compensa. Es matemática pura.

Laura tragó saliva. El vacío al otro lado de la barandilla no era solo aire: era la posibilidad real, física, de no existir más. Pero el otro vacío —el de bajar sin un vídeo nuevo, sin nada potente que subir esa noche— se le antojaba aún más peligroso. Un «silencio de pantalla» le daba más miedo que el de una caída.

Se subió a la barandilla con un gesto aprendido, rápido, cazado de tantas *influencers* que había visto hacer cosas parecidas sin despeinarse. El metal le quemó un poco la piel a través de la sudadera. Notó cómo los muslos le temblaban, no sabía si por el vértigo o por la excitación.

—Venga, dale antes de que «me entre cerebro» —bromeó, intentando que la voz sonara confiada.

Paula colocó el aro de luz, conectó el altavoz *Bluetooth*; un reguetón grave empezó a vibrar en el metal de la barandilla. En la pantalla, el

contador del directo subía con esa rapidez pegajosa que a Laura le hacía sentir validada, importante, casi invencible.

—Tres... dos... uno... ¡Ya! —cantó Paula.

Laura fingió que se le escapaba un pie. El cuerpo se le fue hacia atrás un segundo, quizás demasiado largo. Gritó, se agarró con fuerza a la barandilla. El grito fue mitad actuación, mitad auténtico pánico. Un chorro de adrenalina la atravesó de arriba abajo.

Luego vino la risa: aguda, un poco rota, demasiado alta incluso para ella. Miró directamente a la pantalla, no a la ciudad.

—Tranquilos, sigo viva —dijo, casi sin aire—. De milagro, como estáis todos vosotros un lunes cualquiera.

Los comentarios empezaron a desfilar en cascada:

Emojis de llamas.

«Estás fatal de lo tuyo».

«Tía, te vas a matar por más likes».

«Haz otro sin agarrarte, a ver si hay buenos».

Aquello la pinchaba por dentro justo en el lugar donde la autoestima y la autodestrucción se daban la mano.

Paula se acercó con el móvil para enfocar mejor su cara, que se mostraba eufórica.

—Tía, míralo —susurró—. Estás volando. *Trending* fijo, te lo juro.

En medio de los corazones, una notificación se coló como una mosca en la sopa. Una línea gris, discreta, casi educada:

Pantallas entre nosotros

«Tutoría urgente con familia de Laura — 18:00 h».

El dedo de Laura se detuvo un segundo sobre la pantalla. No mucho. Lo justo para leer la palabra «familia» y sentir un pinchazo, como una uña rasgando una superficie que ella llevaba tiempo fingiendo que no estaba ahí.

Luego el dedo se movió solo, automático, como si no fuera suyo: deslizó la notificación hacia un lado y la hizo desaparecer.

—Ese drama que lo haga otro —masculló, sin mirar a Paula.

En algún lugar más abajo, entre el tráfico y los bloques de pisos, Marta consultaba mecánicamente el móvil entre paciente y paciente, esperando una llamada de tutoría del instituto que no terminaba de llegar. Sergio, en la oficina, respondía correos sin saber todavía que la palabra «urgente» ya había pasado por los dedos de su hija y había sido enviada al limbo de las cosas que no se quieren mirar.

Laura, de espaldas al vacío, volvió a sonreír a cámara. Si no estaba en pantalla, no existía. Y ahora mismo existía a lo grande.

El viento seguía soplando, indiferente.